

no dejando ver más que una pequeña parte de la frente. La lámina es sutil y flexible, como de cartulina Bristol, de modo que puede adaptarse fácilmente á todas las cabezas por varias que sean sus dimensiones. Bajo este casco, y aun bajo los de plata, se usa una especie de cófia negra que recoge el cabello como gorro de dormir, y sobre el casco vá otra especie de cófia, cuyas bandas caen por la espalda. Sobre esta segunda cófia muchas mujeres llevan un sombrero indescriptible, adornado de flores y de frutas contrahechas, ó un sombrero *pamela*. Antes de medio día estando en casa, ó al salir á la calle de compras, las mujeres no llevan sino el casco solo; la cófia y el sombrero se lo ponen para ir de paseo.

Mientras observaba el casco de la muchacha, la señora me hablaba de ciertos usos extraños y singularísimos, que todavía se conservan en el campo de la Frisia.

Cuando un jóven se presenta en una casa para pedir la mano de la chica, ésta le hace saber inmediatamente si lo acepta ó no por esposo. Si lo admite, sale de la habitación y vuelve á entrar poco despues con el casco puesto. Si no se vá á ponerse el casco, quiere decir que renuncia á ser su reina.

Los amantes suelen regalar á sus amadas ligas sobre las cuales van escritas sentencias, frases de amor ó augurios de felicidad.

Algunas veces los enamorados ofrecen al adorado tormento un pañuelo hecho nudos y con inscripciones, y dentro de los nudos, monedas ó joyas. Si la bella desata los nudos, se entiende que acepta la mano del jóven; si no desata los nudos, equivale á dar calabazas.

El honor más ambicionado por los amantes es el de poder atar el zueco ó patin, ó como quiera llamarse, al pié de su sueño dorado, y ella le paga la galantería con un beso.

Por lo demás, los jóvenes y las jóvenes gozan de amplísima libertad. Van á pasear juntos como marido y mujer, y permanecen á menudo solos en casa horas y horas, de noche, y despues que el padre y la madre se han acostado.

Al llegar á esta parte del relato, pregunté á la señora sin poderme contener:

—¿Y no tienen ellas nunca que arrepentirse de haber ido demasiado adelante... y demasiado presto?..

—¡Oh, la falta, siempre, siempre se repara!

Durante toda nuestra conversacion, la bella frisona había continuado seria é inmóvil como una estatua.

Antes de que se fuese, para darle las gracias, le dije que era una de las más hermosas guerreras de la Frisia, y rogué á la señora que le tradujere mis palabras. Lo hizo, y se puso encarnada como la grana; pero repuesta del rubor, me miró y son-

rió ligerísimamente, saliendo acto seguido de la habitacion con aire majestuoso de reina de tragedia.

Gracias á la cortesía de mis huéspedes, ví un pequeño *Museo de antigüedades nacionales de la Frisia*, formado hace pocos años y ya rico en multitud de objetos preciosos. Profano como soy á estos estudios, no hice sino mirar las medallas y las monedas, y me entretuve algo más ante la colección de los antiguos zuecos de patinar, ante las toscas diademas de donde nacieran los cascos, y ante ciertas extrañas pipas, encontradas en la tierra á gran profundidad, las cuales parecen anteriores al uso del tabaco, y se cree sirviesen para fumar el cáñamo.

Pero el objeto más curioso del Museo, es un sombrero de mujer que se usaba á fines del pasado siglo; un sombrero tan grande y tan ridículo, que si el anticuario que me lo enseñó no me hubiera asegurado que todavía había él alcanzado á ver uno con sus propios ojos en la cabeza de una vieja señora de Leuwarde, pocos años há, en ocasion de una gran fiesta con motivo de la llegada del Rey de Holanda, habría creído imposible que criaturas racionales se hubiesen cubierto la cabeza de aquella manera. No es un sombrero, es una tienda de campaña, una techumbre, bajo la cual se podrían cobijar huyendo de la lluvia y del sol, una familia entera. Se compone de un aro de madera

dos veces mayor que la circunferencia de los veladorcillos comunes de los cafés, y de una copa de paja con el ala de lo mismo hasta el borde del aro mencionado, y á la cual le falta por una parte un pedazo, á manera de vacía, semi-circular; se coloca primero el aro incompleto, adornado de una ancha franja ó volante en la cabeza, asegurándolo no sé cómo, y luego se coloca encima la copa, como la cubierta de una barraca sobre un armazon. Este edificio lo desarmaban las señoras al entrar en la iglesia para no estorbarse las unas á las otras, y lo volvían á armar á la salida. ¡Y el sombrero parecía gracioso, y comodísima la operacion!

¡Hay gustos que merecen palos!

Un amable frison, al cual había sido yo recomendado por un amigo de El Haya, me condujo al campo para ver las caras de los paisanos. Nos dirigimos de Leuwarde hácia la ciudad de Freek, á través de uno de los pedazos de terreno más fértiles de la Frisia, por una bella calle enladrillada y limpia como una acera de París, llegando tras breve camino á una casa, delante de la cual mi compañero se detuvo, diciéndome en tono grave:

—Hé aquí el *friesche hiem* del campesino frison, la antigua factoría de sus antepasados.

Era una casa de ladrillo con persianas verdes y cortinas blancas, circundada de árboles y situada en medio de un jardín que rodeaba un foso lleno de agua. Al lado de esta caseta había un cuarto, á ma-

nera de pajar, para el heno, formado de gigantescas vigas de pino de Noruega, y cubierto por un enorme techo de cañas; y al lado, la cuadra, separada por una pared de madera. Entramos en la cuadra. Las vacas, como en el Norte de Holanda, están unidas de dos en dos con la cola atada á las vigas del techo, para que no se ensúcién, y detrás de sus patas traseras corre un riachuelo que se lleva las inmunidias. El pavimento, las paredes, los animales, están limpios, sin oler lo más mínimo. Mientras observaba por partes aquel salon de animales, mi compañero, que era un erudito agrónomo, me indicaba algunas consideraciones con respecto á la campiña frisona. En una hacienda de treinta ó treinta y cinco hectáreas, se suele tener un caballo y setenta bestias bovinas. Por cada hectárea hay una vaca de leche, y en cada hacienda ocho ó diez grandes ovejas, con la leche de las cuales se hacen los pequeños quesos buscados como superfina glotonería en todas las ciudades de la Frisia. Sin embargo, el producto principal en Frisia no es el queso como en la Holanda del Norte, sino la manteca. La estancia en donde se hace la manteca es el «sancta sanctorum» de la casa de los aldeanos. Entramos, y no fué pequeña concesion la que se nos hizo, porque á los profanos se les ruega que se detengan en el dintel de la puerta. Era una habitacion limpia como un pequeño templo, y fresca como una gruta, en la cual se veían muchas filas

de vasijas de cobre llenas hasta el borde de leche ordeñada hacia un momento, y ya cubierta de una espesa nata, la zángola ó mantequera se ponía en movimiento por un caballo, segun costumbre en toda la Frisia. En la pared se hallaba colgado un termómetro, y las ventanas estaban adornadas de cortinillas, y sobre el antepecho se veía un hermoso tiesto con jacintos. Esta manteca de Frisia es tan exquisita—me decía mi compañero—que en el mercado de Lóndres, donde se lleva en gran cantidad, se vende á un precio exorbitante. Anualmente se recojen en los distintos mercados de la provincia de siete á ocho millones de kilogramos. La manteca se coloca en ciertos barrilitos de encina de Rusia, del peso de veinte ó cuarenta kilogramos cada uno, y que se contrasta en el repeso municipal de las ciudades de la Frisia. Aquí los examina un perito, los ensaya, los pesa y les pone el sello y las armas de la ciudad; despues de cuya operacion se llevan estos barriles á Harlingen, de donde salen en un *steamer* que los desembarca en las orillas del Támesis. Esta es nuestra riqueza—añadió el cortés frison,—con la cual nos consolamos de la falta de palmeras y de naranjos que tenéis vosotros, los privilegiados de la Naturaleza.

Y apropósito de naranjos y de manteca, me contó algo de aquel general español que le dijo á un campesino frison con orgullo, enseñándole una naranja:—«¡Este es el fruto que se produce en

nuestro país dos veces al año!"—y el aldeano le contestó mostrándole una torta de manteca:— "¡Este es un fruto que en nuestro país se produce dos veces al día!"—Y el general se quedó sin saber qué contestar.

El hombre de campo que nos acompañaba nos permitió echar una escapada á la habitacion donde su mujer y su hija, una con casco de oro y otra con casco de plata, trabajaban sentadas al lado de una mesa. Parecía una estancia preparada de propósito para los extranjeros curiosos. Había grandes armarios de forma antigua, espejos de cornisas doradas, porcelanas de la china, floreros esculpidos y tallados y plata labrada.—"Lo ménos es lo que se ve—me susurró al oído mi compañero viéndome hacer signos de admiracion;—aquellos armarios están llenos de ropa blanca, de joyas y de vestidos de seda; y hay campesinos que tienen el juego de platos y tazas y cafeteras de plata; y hasta los hay que guardan en petacas de oro matico el tabaco."—Ganan mucho, viven económicamente y gastan el fruto de sus ahorros en objetos de lujo. Esto explica la razon de por qué en las aldeas más pequeñas hay tiendas de joyeros, tales como no se encuentran á veces en grandes ciudades europeas. Existen aldeanos que compran collares de coral de mil pesetas, y que guardan en su caja valor de más de diez mil florines, entre anillos, alfileres y demás alhajas. Y viven económicamente,

te, es cierto, durante la mayor parte del año; pero en los días solemnes, en ocasion de matrimonios ó en la época de las *kermesses*, cuando van á la ciudad para divertirse, se instalan en los mejores hoteles, toman los mejores palcos en el teatro de la Opera, y destapan en los intermedios magníficas botellas de Champagne. El aldeano que posee solo un capital de cien mil pesetas no pasa por rico, porque hay muchos que poseen doscientas mil, trescientas mil y medio millon y aún más.

El carácter de estos aldeanos (y lo que se dice de los campesinos se puede decir de todos los frisones) es, segun fama universal y antigua, varonil, franco y generoso.—¡Qué lástima que no sea Vd. frison,—le dicen á una persona á la cual estiman!—Son vanidosos por la nobleza de su raza que creen la primera de la grande familia germánica y se enorgullecen de ser el único pueblo de aquella familia que ha conservado su nombre desde el tiempo de Tácito. Muchos creen todavía que su país se llama Frisia, por Frisio, sucesor de Alano, hermano de Mesa y nieto de Sem, y se envanecen por origen tan antiguo. El amor á la libertad es en ellos su sentimiento dominante. "Los frisones, segun su antiguo código, serán libres mientras los vientos empujen las nubes y mientras dure el mundo."

Es la Frisia, con efecto, la que manda al Par-

lamento los Diputados de la extrema izquierda liberal. La población es casi toda protestante, muy celosa de su fé, no ménos celosa de su lengua ilustrada por un gran poeta popular y cultivada con grande amor.

El aldeano, dice en particular Laveleye, cita con altivez los hombres ilustres que nacieron bajo el *hiem frison*, los dos poetas, Gisberto Japhis, y Salverda, el filólogo Tiberio Hemsterhuis y su hijo Frans, el amable y profundo filósofo que madama Stael llamaba el Platon holandés.

A medida que caminábamos mi compañero y yo en direcccion de Leuwarde, encontramos varios carros de aldeanos, tirados por aquellos famosos caballos frisonos que se tienen por los primeros trotones. Son de pelo negro, cuello largo, cabeza pequeña y llena de vida; y los más hermosos, los que se crían en la isla de Ameland. Resistén perfectamente las fatigas; sirven juntamente para el tiro y la carrera, y, cosa singular, en un país donde todo se mueve tranquila y plácidamente, sus flemáticos dueños los hacen marchar siempre al trote largo, hasta tirando de los carros del heno, y cuando no tienen prisa ninguna por llegar. Las carreras de estos caballos, que se llaman las *hard-draveryen* son un espectáculo antiguo y característico de la Frisia. En todas las pequeñas ciudades se prepara una arena dividida en dos vías paralelas y rectas, por las cuales los caballos cor-

ren sucesivamente y de dos en dos; y despues corren los vencedores de las carreras parciales hasta que vence uno solo, obteniendo el premio. El pueblo acude en tropel á este espectáculo, acompañándolo con aplausos y gritos, como en los trabajos de los patinadores.

Al llegar á Leuwarde, experimenté el más bello y más inesperado encuentro que podia imaginar: un cortejo nupcial de campesinos. Iban más de treinta carruajes, todos con la caja en forma de concha, altísimos y cubiertos de dorados y adornos de distintos colores arrastrados por grandes caballos negros, y dentro de cada vehículo iba sentado un aldeano vestido de fiesta y una mujer sonrosada, con el casco de oro y el velo blanco. Los caballos iban trotando, y las mujeres cogidas del brazo de sus compañeros, echaban confites á los muchachos de la calle, mientras el viento jugueteaba con los velos y los cascos resplandecían con sus metálicos reflejos. El cortejo se alejó y desapareció como cabalgata fantástica, en medio de un rumor de risas, de gritos y de voces alegres.

Por la noche, en Leuwarde me divertí en ver pasar delante de mi puerta las mujeres y las muchachas de la cabeza reluciente, como un general inspecciona en la revista anual á los soldados al desfilar con armas y bagajes. Sin embargo, al observar que iban todos en la misma direcccion, seguí la corriente y dí en una vasta plaza donde

tocaba una banda de música en medio de multitud de gentes ante un edificio con todas las ventanas iluminadas, á las cuales se asomaban de cuando en cuando señores de corbata blanca, que debían haber asistido á una comida oficial. Aunque lloviznaba, la gente permanecía inmóvil, y las mujeres, colocadas en primera fila, formaban alrededor de la banda un gran círculo de cascós, que desde lejos, á la luz de los faroles y á través del velo de la niebla, semejaba una hilera de coraceros á pié, que mantenían á raya á la muchedumbre. Mientras la música tocaba, una veintena de soldados de infantería, agrupados en un ángulo de la plaza, la acompañaban cantando, levantando al aire sus sombreros, y saltando al llevar el compás, ora sobre una pierna, ora sobre otra, con las actitudes grotescas de los borrachos de Steen y Broutwer. La muchedumbre los miraba y sospeché que á los espectadores les parecía extraordinariamente bella y deleitable la danza, porque reían á mandíbula batiente, se empinaban para distinguirlos, los señalaban y los aplaudían. Me paré para observar alguna bella cara de frisóna que al ser mirada me lanzaba una ojeada llena de orgullo guerrero; después me fuí á conversar con un librero, cosa muy agradable en Holanda, donde la clase es muy culta y muy cortés.

Por la noche, en el hotel, no pude apenas cerrar los ojos, á causa de un endemoniado pia-

nista de campanario, el cual, sin duda porque sufría insomnios, se tomó el bárbaro placer de proporcionar á la ciudad adormecida un trozo de todas las óperas de Rossini y de todas las canciones populares de los Países-Bajos. No he hablado todavía del mecanismo de estos organillos aéreos, y hé aquí cómo están arreglados.

El reloj del campanario pone en movimiento un pequeño árbol que á su vez hace girar una rueda y un cilindro con clavitos semejantes á los de un órgano de Berbería; á estos clavos, dispuestos en el órden requerido por la melodía, están atados pitos de hierro, los cuales levantan los mazos de las lenguas de las campanas y los martillos que las hieren. Cuando suenan las horas, responde un ária determinada; pero quitando el cilindro se pueden tocar todas las piezas que se quieran, por medio de dos muelles movidos por dos palancas, una de las cuales se impulsa con la mano y otra con los piés. Tocar de esta manera requiere una fuerza y un esfuerzo considerable, puesto que se exige una presión equivalente al peso de dos libras, y sin embargo, es tal el placer que los campaneros encuentran en esta música y que suponen lo encuentran también los otros, que tocan por espacio de horas y horas enteras con un vigor y una pasión dignas verdaderamente de más grata armonía. No podría decir si aquel campanero de Leuwarde tocaba bien, pero estoy seguro que

poseía músculos hercúleos y una espantosa predilección por Rossini. Después de haberme adormecido con el *Barbero*, me despertó con *Semiramis*; me volvió á adormecer con *Otelo* y me hizo abrir los ojos nuevamente con el *Moisés*, y así sucesivamente. Era una gran lucha entre los dos, él, impertérito, proseguía su música, y yo, impertérito, continuaba mis maldiciones. Ambos dejamos nuestro respectiva operación á hora muy avanzada de la noche, é ignoro cuál de los dos, si se nos hubiese pedido cuenta, habría quedado en deuda. Por la mañana, me lamenté con el camarero, un holandés flemático, al cual creo que ningún rumor del cielo ni de la tierra ha turbado jamás la dulzura del sueño, diciéndole:—«¿Pero sabe Vd., amigo, que esta música de los campanarios es muy importuna?»—«¿Cómo!—me respondió con la mayor inocencia—¿no ha observado Vd. que tienen todas las octavas con sus tonos y sus semi-tonos?»—«Hombre no, no lo había observado; si es así, la cosa varía de especie. Vd. dispense.»

Muy temprano partí para Groninga, llevándome, á pesar de la persecución de la música, un caro recuerdo de Leuwarde y de las pocas personas que allí había conocido, aunque amargado por un remordimiento que todavía me dura: el de no haber visto deslizarse sobre el hielo á las bellas, atrevidas y severas hijas del Norte, que pasan, como dice Alfonso Esquiroz, envueltas en

una nube y coronadas por un nimbo de oro, cual figuras fantásticas vislumbradas entre sueños.

La llanura holandesa, que vista por primera vez despierta un sentimiento vago y apacible de melancolía, presentando en su uniformidad, y á pesar de ella, mil aspectos nuevos y admirables que recrean la imaginación, acaba, sin embargo, con producir cansancio y aburrimiento hasta en aquellos que por naturaleza se inclinan á comprender y gozar á su especial manera la belleza. Llega siempre un día, en el cual el extranjero que viaja por Holanda siente de improviso un deseo irresistible de contemplar alturas que eleven su vista y su pensamiento; curvas por las cuales pueda la mirada posarse, precipitarse y girar; formas que á la imaginación animen con aquellas vagas y maravillosas semejanzas de dorsos de leones y siluetas de mujeres, perfiles de rostros y de edificios que presentan siempre los altos y los senos, los valles y las laderas, los cerros y las lomas, los montes y las rocas de su país. La mente y los ojos se cansan de espaciarse y de perderse por aquel mar indefinido de verdor, y necesitan cimas y abismos, sombras y tonos azulados y carmíneos, y luz del sol. Cuando se llega á este momento ya se ha visto bastante á Holanda, y se piensa en la patria con amor impaciente.

Experimenté por vez primera este sentimiento al ir desde Leuwarde á Groninga, capital de la

provincia del mismo nombre. Harto de ver á través de la niebla prados tras prados, canales y más canales, me arrellané en un rincón del wagon, dedicándome á pensar en las lomas de la Toscana y en las colinas de la orilla del Reno, del mismo modo que el maestro Adam de *Dante* pensaba en los arroyuelos del Casentino. En una pequeña estación, colocada á la mitad de camino entre las dos ciudades, montó en mi departamento un hombre que me pareció al primer aspecto, y lo era en efecto, un aldeano; rubio, gordo, color de queso— como dice Taine de los campesinos holandeses,— muy limpio, con una gran charpa de lana alrededor del cuello, y una grande cadena de oro en la chupa. Me miró con aire benévolo, y se sentó enfrente de mí. El tren partió de nuevo, y yo continuaba pensando en mis colinas, y volvía de cuando en cuando la cabeza en la esperanza de encontrar alguna mutación en el paisaje, y al ver siempre llanos tras llanos, sin advertirlo, hacía un ademán impensadamente que equivalía y declaraba el aburrimiento mortal que me consumía.

El campesino miró alternativamente á la campiña y á mí, y luego sonriendo y pronunciando con grande esfuerzo un mal francés, me dijo:

—¿Muy aburrido, verdad?

Le respondí inmediatamente que no; que al contrario, me gustaba mucho el paisaje holandés.

—¿Qué! no; es muy aburrido; todo llano como la palma de la mano; no hay montañas.

Después de algunos momentos empleados en traducir mentalmente su pensamiento, me preguntó señalándome con el dedo:

—¿De qué país?

—De Italia—respondí.

—Italia—repitió sonriendo;—¿hay allí muchas montañas?

—Muchísimas, tantas, que se podría cubrir los Países-Bajos.

—Yo, añadió señalándose á sí mismo, nunca he visto una montaña, no sé lo que es, ni aun siquiera he visto las colinas de la Gueldria.

Un aldeano que hablaba francés, era para mí cosa extraordinaria; pero un hombre que no había visto jamás ni una montaña, ni una colina, me parecía una cosa fabulosa. Por esto le interrogué y le hice declarar cosas bastante raras.

No había estado nunca más allá de Amsterdam, no conocía la Gueldria, que es la única provincia montuosa del país neerlandés; por lo cual no tenía idea de lo que fuese un monte, á no ser por las imágenes que había visto en cuadros y leído en libros. Las más grandes alturas á que se levantaron sus ojos, eran las puntas de los campanarios y las cimas de las dunas. Y de lo que de él se decía podía generalizarse á miles de holandeses, los cuales exclaman:—Vería con gusto una

montaña—como si nosotros dijésemos:—Vería con gusto las pirámides de Egipto.

Me aseguró, con efecto, que tan pronto como le fuese posible, iría á ver el Wiesselschebosch. Le pregunté qué era Wiesselschebosch, y me contestó que un monte de la Gueldria cercano á la aldea de Apeldoorn, uno de los más altos del país.

—¿Como cuánto será de alto esa montaña?, le pregunté.

—¡Ciento cuatro metros! me respondió.

Pero aquel buen hombre debía admirarme de muy distinta manera.

A poco despues de reflexionar, me preguntó:

—¿Italia?

—Italia; repetí.

—Se rechazó la ley sobre la enseñanza obligatoria, ¿no es verdad?

—¡Voto vá! dije para mi colete; ¿apostamos á que está suscrito á la *Gaceta oficial* de mi país? En efecto, pocos dias antes la Cámara había rechazado el proyecto de ley sobre la instruccion obligatoria.

Le conté lo poco que sabía sobre el particular.

Luego sonrió, buscó una frase, y me interrogó:

—¿Y Garibaldi, continúa...—y aquí hizo ademán de cavar, y añadió...—su isla?

—Continúa, repuse; y lo miré con los ojos abiertos, tratando de persuadirme de que aquel hombre era, con efecto, un aldeano, aunque en realidad no cabía duda alguna.

—Han perdido Vds.,—y me señaló con el dedo,—un gran poeta.

A esta nueva salida, me faltó poco para no dar un brinco.

—Sí, Alejandro Manzoni; ¿pero cómo diantre sabe Vd. todas estas cosas?

Y esperé á que me pusiese sobre el tapete la cuestion de la unidad de la lengua.

—Dígame Vd.: ¿caso conoce la lengua italiana?

—No, no, no, ni una palabra, ni una palabra.

Dicho lo cual continuó riendo y me pareció comprender que me preparaba alguna sorpresa. Entretanto, el tren se aproximaba á Groninga. Cuando estuvimos para entrar en el anden de la estacion, el bueno de mi hombre recogió su equipaje, me miró nuevamente sonriendo y destacando las sílabas, y acompañándolas con un movimiento del dedo índice de la mano derecha, me dijo en italiano, con una pronunciacion imposible de expresar, y con aire de quien hace una gran revelacion:

—*Nel mez-zo.*

—¿En medio de qué? le pregunté admirado.

—*Nel mez-zo del cam-min di no-stra vi-ta;*

dijo con grande esfuerzo, y echando pié á tierra del wagon.

—Un momento, le grité; escuche, oiga una palabra, ¿cómo sabe Vd. el Dante?...: habia desaparecido.

¿Han comprendido mis lectores qué clase de campesinos hay en Holanda? Y les aseguro que no he añadido ni una coma de mi propia cosecha.

---

## GRONINGA.

---

La provincia de Groninga es acaso de todas las de los Países-Bajos la más trasformada por la mano del hombre.

En el siglo XVI una gran parte de esta provincia estaba todavía deshabitada. Era un país de aspecto siniestro, cubierto de malezas, de aguas estancadas, de lagos cenagosos, é inundado á cada instante por el mar, en el cual erraban manadas de lobos y bandadas innumerables de aves acuáticas, y no se oía otra voz que el canto de las ranas y el lamento de los gamos. Tres siglos de trabajo pacientísimo, abandonado varias veces sin esperanza y vuelto á emprender con mayor obstinacion, y conducido á término en medio de toda clase de dificultades y de peligros, han trasformado aquella mansion selvática en tierra fertilísima, surcada de canales, poblada de factorías y de quintas, donde florece la agricultura, hierve el trabajo, circula el comercio y se agita y esparce una poblacion ágil y culta. Groninga, que en